

EL RETO DE LA NOVIOLENCIA EN ESPAÑA

MOISÉS MATO

Teatro de la Escucha. Campaña Noviolencia 2018



MOISÉS MATO (DCHA.) Y JESÚS J. BATISTA (IZQ.)

Hablar de noviolencia hoy en España es un reto considerable. El deseo de mirar de frente ese reto supuso la puesta en marcha de la Campaña Noviolencia 2018. Tres años de esfuerzo que están a punto de culminar y que, si algo nos deja claro, es que hay que seguir empujando en esa dirección. Nos jugamos mucho más de lo que imaginamos y por ello es necesario seguir afrontando los obstáculos objetivos a la promoción de la noviolencia.

La primera dificultad que nos encontramos a la hora de hablar de noviolencia tiene que ver con la manera en la que solemos escribirlo. Yo estoy utilizando una forma, que la Real Academia de la Lengua no valida (de momento). Lo habitual es escribir la negación y la palabra violencia separados. La provocación que supone escribirlo en un sólo vocablo tiene al menos el efecto de llamada de atención. Cuando decimos no violencia estamos afirmando que no usamos la violencia. Cuando decimos noviolencia estamos haciendo referencia a una forma de comportarnos según unos valores que suponen, no sólo una negación, sino una afirmación. Estamos hablando de una forma de transformar la realidad injusta utilizando la fuerza del amor. La Noviolencia es un no y a la vez es un sí. No sólo no utilizamos medios violentos, sino que utilizamos medios que buscan restaurar la fraternidad. La noviolencia es acción,

supone una implicación total en la transformación de la realidad, es una afirmación contundente del amor.

A esta dificultad del lenguaje se une el precario tratamiento de la noviolencia por parte de los medios de comunicación y los libros de texto. Se cita a Gandhi, M. L. King o Mandela y quedan fuera muchas otras personalidades relevantes de la noviolencia. Además, estos son reducidos a poco más que superheroes que dijeron cuatro frases hermosas e hicieron cosas sorprendentes que no acabamos de situar en su contexto. La rica y compleja historia de la noviolencia queda oculta detrás de un idealismo mal planteado y, por tanto, distante de nuestras vidas y difícil de dialogar con él.

A esto habría que añadir el silencio o el tratamiento tendencioso de los medios de comunicación ante las experiencias de noviolencia que hoy mismo están cambiando realidades. Igual responsabilidad tienen las universidades que, salvo honrosas excepciones, arrinconan los estudios de la noviolencia en el trastero de las anécdotas de la historia.

La propia historia contemporánea de España tampoco ha ayudado mucho ya que la noviolencia se ha identificado con la experiencia de la insumisión que, con ser muy significativa, está lejos de abarcar todos los aspectos de la noviolencia.

Por último, añadiría una razón, menos demostrable empíricamente, pero, para el que esto escribe, deviene en la única razón que puede ser insuperable. Partimos de la evidencia de que las experiencias de noviolencia han sido protagonizadas en su mayor parte por colectivos empobrecidos que han intentado su propia liberación. Sabemos que normalmente la praxis de la noviolencia ha posibilitado hallazgos que apuntan a un cambio cultural. Por todo ello parece razonable que las instituciones que controlan la opinión pública y la formación no estén interesadas en popularizar las experiencias que se pueden volver en su contra. Dicho de otra forma: La noviolencia es patrimonio fundamental de los oprimidos que tomando conciencia de su situación se asocian y luchan desde valores culturales co-

munitarios. Es una parte importante de la resistencia a este sistema y por tanto es normal que el poder pretenda orillar esa experiencia.

Lo que ya no parece coherente es que los grupos que, por estos lares, queremos contrarrestar los efectos del capitalismo salvaje, no estemos interesados en conocer a fondo la historia de la noviolencia y sus hallazgos. Hay un patrimonio importante del que seguro podemos y debemos aprender. La historia de la noviolencia constituye una corriente de liberación a la que podemos sumarnos. Veamos someramente algunas de sus características más importantes:

1. ES UNA PROPUESTA CULTURAL

Los graves problemas de la humanidad tienen causas muy concretas y por tanto lo racional es afrontarlos desde esas causas. Una mirada honesta a las causas nos desvela fácilmente que hay una cultura que sostiene y ampara esas causas. Sorprende ver la cantidad de iniciativas que quieren acabar con este sistema pero que en realidad participan de la cultura que lo sostiene. Creemos honestamente que no se puede cambiar un sistema sin cambiar la cultura que lo sostiene. En el corto plazo, con mucha frecuencia, se adivinan revoluciones que a la vuelta de la esquina acaban siendo digeridas por el sistema. En España recientemente hemos vivido esa experiencia. Frecuentemente a la ingenuidad de la esperanza que parecía asomar por el horizonte sucede la desesperación, no menos ingenua, de pensar que la noche es eterna, de que no merece la pena intentar la revolución porque, a la postre, será traicionada. Esa desde luego es la lección que quieren que aprendamos. Las prisas se alimentan con eslóganes y catarsis colectivas que mueven masas pero que difícilmente pueden generar otra cultura. La noviolencia es una propuesta cultural. Aunque apunte a políticas concretas, en realidad está disparando contra la cultura que sostiene esas políticas. A la vez que afronta las injusticias busca generar un nuevo marco de relaciones basado en la fraternidad. Podemos decir que la noviolencia es una forma superior de cultura. Porque sostiene su acción en una propuesta cultural que parte de las potencialidades superiores del ser humano: El amor, la entrega, la compasión. Por tanto, se opone a una cultura basada en la competitividad, en el afán de lucro y en la violencia.

2. EL DIÁLOGO ES LA PRIMERA HERRAMIENTA NOVIOLENTA

La ausencia de diálogo es propia de la dinámica de división. La incapacidad para el diálogo nos hace vulnerables. De alguna forma violenta nuestro ser esencial.

Somos seres sociales, comunitarios, nuestra vocación esencial es el diálogo y el encuentro. Por contra, nos acostumbramos desde temprana edad a los pactos e incluso, eso que llamamos consenso en la práctica es reducir nuestro punto de acuerdo a los mínimos posibles. El diálogo nos hace humildes (*Humus*: tierra fértil) y nos permite avanzar hacia la verdad. Jean Goss planteaba que el diálogo noviolento tiene que ver precisamente con la verdad y la mentira en una relación. Ese diálogo tiene cuatro pasos que deben seguirse en un orden determinado. A saber:

1. Lo primero que me importa en un diálogo es conocer o descubrir la verdad del otro.
2. Una vez descubierta la verdad del otro debo plantearme qué hay en mí de mentira.
3. Si he realizado bien esos dos pasos es momento de decir qué mentira veo en el otro.
4. Y finalmente puedo afirmar lo que veo de verdad en mí.

Si repasamos con la mente qué orden acostumbramos a seguir cuando estamos en una discusión con alguien podemos reconocer que lo habitual es hacerlo de forma inversa a lo que plantea Jean Goss. Quizás eso nos da una pista de por qué muchas de esas discusiones nos dejan un mal sabor de boca.

3. HAY COHERENCIA ENTRE FINES Y MEDIOS

Gandhi recordaba un viejo proverbio que decía que «los fines están en los medios como el árbol en la semilla». De alguna forma esta máxima se opone al principio maquiavélico que declara que el fin justifica los medios. Se enfrentan aquí dos visiones antagónicas de entender la política. La unidad de fines y medios que propugna Gandhi concreta la utopía, al no relegarla a un futuro incierto, y nos introduce en el valor de los actos pequeños, que se convierten en paradigma del ideal que buscamos. Cada pequeño peldaño en la lucha explica toda la escalera. Se reivindica la coherencia como elemento de identidad. Si aspiramos a un mundo justo no podemos utilizar medios injustos. No podemos llegar a una sociedad noviolenta por métodos violentos. La historia no se ha cansado de demostrarlo y aun así sigue siendo una tentación permanente. La visión negativa de nuestros oponentes nos lleva fácilmente a pensar que ellos se merecen un tratamiento injusto. Otra tentación que la noviolencia siempre ha invitado a superar. No se trata de odiar al enemigo sino al mal que hay en él. En última instancia las grandes experiencias de la noviolencia han buscado liberar al oprimido, pero también al opresor. Así

lo creían firmemente M. L. King o Mandela cuando llamaban hermanos a los blancos que les odiaban. Era necesario liberarles del odio que los llevaba a maltratarlos sólo porque el color de su piel era diferente. Porque en última instancia la propuesta no era vencerles sino aprender a vivir como hermanos. Cada pequeña acción, cada táctica debía de anticipar ese futuro. En ella estaba la semilla de la sociedad que preconizaban. Y por eso fueron tan convincentes. «No hay un camino para la paz, la paz es el camino» repetirá Gandhi.

4. LA NOVIOLENCIA NOS AYUDA A BUSCAR LA UNIDAD

Es necesario repetirlo: La división es causa y consecuencia de la violencia. Diablo, etimológicamente significa, el que divide. Lo contrario es el símbolo, lo que une. La noviolencia es simbólica, busca la unidad. No busca vencedores y vencidos. Esa dinámica siempre perpetúa la guerra. No maduramos realmente como sociedad cuando no comprendemos que vencer a otro ser humano es tan amargo como ser vencido. Por tanto, la radical novedad de la noviolencia es plantear un mundo sin vencidos ni vencedores, sin opresores ni oprimidos. Un mundo que, por madurez, renuncia a la venganza, aunque la naturaleza reivindique su derecho a ella. La noviolencia va más allá de la naturaleza instintiva. Es ética, es espiritual. Por ello comprende y promueve activamente el valor de la unidad.

La unidad es a la vez personal y colectiva. Partiendo de categorías clásicas ampliamente aceptadas afirmamos que somos cuerpo, mente y espíritu. Como seres humanos debemos de desarrollar todo nuestro potencial. Un proyecto humano y político como el que encierra la noviolencia necesita que seamos radical y plenamente lo que somos.

En un trabajo desarrollado en el Teatro de la Escucha investigamos cómo, en la lógica de muchos planteamientos sociales, se detectaba una clara división de esas potencialidades. Estábamos lejos de impulsar proyectos formativos orientados al desarrollo integral de cada uno de los miembros de un determinado colectivo social. Lo que, por contra se promovía era la especialización en una de las potencialidades. Así surgieron tres tipos de grupos preocupados por la cuestión social. Unos que, acentuando el cuerpo, primaban la acción directa. Son los activistas. Un segundo grupo que promovía la mente se convertían en los intelectuales y un tercer grupo que acentuando el espíritu se convertían en los idealistas. Creemos que esta dinámica ha sido la mayoritaria en los últimos tiempos. Así nos encontramos con grupos de activistas que reali-

zan numerosas acciones pero que no generan un pensamiento ni una visión utópica. Por otro lado, vemos a los intelectuales aportando un determinado análisis de la realidad, pero muy lejos de una implicación personal continuada en la acción. Y también observamos a un tercer grupo de personas cuyo esfuerzo por dibujar el ideal consume todas sus energías. Normalmente estos grupos tienen sus propias dinámicas y difícilmente hay colaboración entre ellos.

Ante este panorama no es difícil concluir que esa lógica supone una división interna de las luchas sociales. La noviolencia tiende a la unidad en todos los niveles. Cada uno de nosotros debemos de desarrollar todas nuestras potencialidades. Somos cuerpo, mente y espíritu y por tanto estamos llamados a ser activistas, intelectuales e idealistas. Las tres a la vez. Es evidente que las cualidades innatas nos orientan a cada uno en una dirección diferente y de esta forma algunos se consideran más activistas, otros más intelectuales y otros más idealistas. Ese no supone ningún problema. El problema es querer evitarnos el esfuerzo personal de cultivar aquellas potencialidades para las que no nos sentimos especialmente dotados. Sin ese esfuerzo no hay protagonismo personal. Si elevamos el planteamiento a nivel de grupo se multiplica el problema. Ahora hay un grupo que, al especializarse en una de las tres potencialidades, renuncia de hecho a la tensión necesaria para desarrollar las otras dos. Sabemos que nadie puede desarrollar las tres al mismo nivel y sabemos que unos tienen unas capacidades y otros otras, pero es el esfuerzo personal y colectivo de protagonizar todos la acción, el análisis y la visión lo que humaniza cualquier compromiso social y a la vez lo hace eficaz. Las personas y los grupos que hagan un esfuerzo en esa dirección se acercarán sin duda a la cultura de la noviolencia. Los que no, se encontrarán sometidos a múltiples trampas que comprometerán gravemente sus compromisos. Los activistas puros acostumbran a perder el norte con mucha facilidad, los intelectuales acostumbran a venderse a los grandes imperios de la comunicación y a enredarse en las teorías y los idealistas se refugian en sus grupos afines y en el dibujo eterno de la utopía. Nuestra naturaleza grita que somos una unidad. Una revisión honesta de las luchas sociales evidencia que los grupos que realmente avanzaron en objetivos transformadores, de alguna forma buscaron que sus miembros desarrollaran las tres potencialidades. Los grupos más decisivos del movimiento obrero y de muchas de las experiencias de noviolencia del último siglo dan fe de esa necesidad de unidad.

5. EL AMOR A LA VERDAD

La verdad nunca perjudicará a una causa justa. Otra máxima gandhiana que encierra una de las características más discutidas en la actualidad. El relativismo y el subjetivismo quieren cercar a la verdad sin ser conscientes del suicidio que supone. La evidencia de que la verdad tiene diferentes caras, que posiblemente nadie tenga la verdad y que esta está sometida al mismo dinamismo que la realidad, no puede llevarnos a negar la existencia de la verdad. Buscar la verdad sigue siendo fundamental para los que sufren las injusticias y muy poco importante para los que de alguna forma nos beneficiamos de ellas. La posverdad y otros inventos sirven fundamentalmente para dejar el campo libre a los constructores de «verdades», que nos harán creer que son genialidades de nuestra cosecha.

No me resisto a reproducir aquí una historia que cuenta Arun Gandhi y que explica vitalmente la importancia de la verdad para construir una sociedad de personas no violentas:

Yo tenía 16 años y estaba viviendo con mis padres en el Instituto que mi abuelo, Mahatma Gandhi, había fundado a 18 millas en las afueras de la ciudad de Durban, en Sudáfrica, en medio de plantaciones de azúcar. Estábamos bien adentro del país y no teníamos vecinos, así que a mis dos hermanas y a mí siempre nos entusiasmaba el poder ir a la ciudad a visitar amigos o al cine. Un día mi padre me pidió que lo llevara a la ciudad para atender una conferencia que duraba el día entero.

Como iba a la ciudad, mi madre me dio una lista de cosas del supermercado que necesitaba y como iba a pasar todo el día, mi padre me pidió que me hiciera cargo de algunas cosas pendientes, como llevar al auto al taller.

Cuando me despedí de mi padre él me dijo: —nos vemos aquí a las cinco.

Después de completar todos los encargos muy rápidamente, me fui hasta el cine más cercano. Me entusiasmé tanto con la película, una de John Wayne, que me olvidé del tiempo. Eran las 5:30 p.m., cuando me acordé.

Corrí al taller, conseguí el auto y me apuré hasta donde mi padre me estaba esperando. Eran casi las 6:00 p.m.

El me preguntó con ansiedad: ¿por qué llegas tarde? Me sentía mal por eso y no le podía decir que estaba viendo una película de John Wayne. Entonces, le dije que el auto no estaba listo y tuve que esperar... Le dije esto sin saber que mi padre ya había llamado al taller.

Cuando se dio cuenta de que había mentido, me dijo: —Algo no anda bien en la manera que te he criado que no te ha dado la confianza de decirme la verdad. Voy a reflexionar que es lo que hice mal contigo. Voy a caminar las 18 millas hasta nuestra casa y pensar sobre esto.

Así que vestido con su traje y sus zapatos elegantes, empezó a caminar hasta la casa por caminos que ni estaban asfaltados ni iluminados. No lo podía dejar solo... así que yo manejé 5 horas y media detrás de él... viendo a mi padre sufrir la agonía de una mentira estúpida que yo había dicho.

Decidí desde ahí que nunca más iba a mentir.

Muchas veces me acuerdo de este episodio y pienso... Si me hubiese castigado de la manera que nosotros castigamos a nuestros hijos... ¿hubiese aprendido la lección?... no lo creo.

Hubiese sufrido el castigo y hubiese seguido haciendo lo mismo... Pero esta acción de no violencia fue tan fuerte que la tengo impresa en la memoria como si fuera ayer...

6. APRENDER A DESOBEDECER

Es el gran reto de futuro. Numerosas leyes escritas y no escritas perpetúan las injusticias. Es un deber moral desobedecerlas y estar dispuestos a pagar el precio que suponga nuestra desobediencia. La desobediencia, desde la no violencia, es un acto de amor. Necesita de todas las cualidades mencionadas. Desobedecer es decir que sí y decir que no. Supone una resistencia y a la vez un compromiso. La desobediencia es un acto total.

El poder ha tomado nota del daño que históricamente le ha hecho la desobediencia y ha entendido que más eficaz que perseguirla de frente es intentar dirigirla. El poder necesita crear una disidencia tolerada, que no vaya al fondo de los problemas y desde luego, que no insista en promover una cultura radicalmente opuesta a la que le sostiene. Es un reto mayúsculo desobedecer a un sistema que tiene medios y aspiraciones para controlar las conciencias. Puede parecer una tarea titánica y sin embargo es la lucha que siempre han abanderado los que aparentemente no tenían fuerzas, los que encarnaron el espíritu de las bienaventuranzas, los que desde abajo encontraron la fuerza para levantarse.

Ciertamente queda mucho por hacer, pero estoy convencido de que el sentido común y el esfuerzo honesto por comprometerse con la realidad que nos ha tocado vivir, nos ayudarán a avanzar.

En eso estamos. 